

IX.

LAS VIEJAS Y LOS MEDICOS.

Noviembre.

Doña Luz tenía 35 años nada mas; pero 35 años de casto celibato, que la habian puesto fea, viviendo en la soledad y en las privaciones.

Apeló á la devocion, y ella le bastó para sufrir los primeros años; el mal aumentaba y ocurrió á la medicina que, en santa union con la iglesia, pudo sostenerla algun tiempo mas.

Pero el misticismo llegó á perder su influjo sobre el alma, y la medicina fué ineficaz para el cuerpo. La oracion y la continua práctica de todos los deberes religiosos, cumplidos por la fuerza del hábito, llegaron á nulificarse; así como la abstinencia y el régimen sedativo que se habia impuesto, tampoco bastaron para contener los efectos de la organizacion.

No habia remedio: era preciso buscarlo en la disipacion, en el cambio de objetos, en las distraccio-

nes. D^a Luz salió al mundo, y todos estrañaron aquellas viruelas al cabo de la vejez. D^a Luz en el teatro!..... D^a Luz en los bailes!..... Todo Búrgos se escandalizó de aquella infeliz muger, y achacaron al diablo la perdicion de su alma.

Todo el mundo fijaba su atencion en D^a Luz, que semi-enlutada, y con un continente modesto, se dejaba ver en todas partes á título de cumplir las indicaciones de su médico. Así consiguió que todos la viesan, pero nadie la miraba, nadie podia figurarse otra cosa que una escentricidad.

Entónces D^a Luz tuvo necesidad de hacer entender á la sociedad que no iba solo por ver, sino por ser vista; que pretendia algo, que aún era muger y deseaba gozar como todas: que si en su casa tuviera todos sus placeres, no saldria á buscarlos; y que el derecho de igualdad le daba el de aspirar á lo mismo que las otras.

D^a Luz compró jabon de almendras, se hizo limpiar los dientes, y llamó á una modista. Al escudo de beata que llevaba en el pecho, sustituyó los cogines del corsé, á la saya negra trages claros, y su antiguo peinado á la Fernando VII, fué transformado en un tocado sencillo aunque á la moda. Creció el escándalo; pero aún así, ¿quién habia de hacer caso de D^a Luz, alta, flaca y descolorida, cuya tirantez y cuyos adornos, hacian ridículo contraste con sus piés torcidos, y su tez deslustrada? ¿quién vese habia de atrever á una señora proveceta cuyas irtudes y continencia habian sido proverbiales?

¿quién se había de figurar tanta vida en aquel cuerpo huesudo, estenuado por la penitencia? Era preciso haber estudiado sus ojos, dos ojos negros y lindos, que lucían dentro de las órbitas hundidas, como dos brasas dentro de un montón de cenizas.

¿La pretendió algún viejo de corazón verde y cuerpo marchito? Es posible; pero no era esto lo que ella necesitaba: y los jóvenes ¿cómo habían de esponerse al ridículo con tal mueble por amante, ó cómo habían de atreverse á faltar al respeto á una señora tan respetable?

La culpa de todo esto la tenía D^a Luz, que á fuerza de sacrificios se había comprado una reputación de santa; que sin trato ni educación no tenía gusto en sus trajes, ni tacto en sus maneras; que buscaba un petimetre, cuando apenas hubiera gustado á un sacristán; que buscaba, en fin, un marido por los confesonarios y los altares, donde se le veía humilde y compungida por la mañana, encomendándose á Dios para el baile de la noche.

D^a Luz no tenía otro remedio que poner un cartel diciendo:--Soy soltera y tengo un millón de reales--ó retirarse otra vez con sus honores, á rezar y azotarse de lo lindo. El primer recurso no es de mugeres de pro; el segundo se queda para las que
o son mugeres.

Una vieja rezadora y piadosa ni me da compasión y la creo; no puede tener mejor ocupación pero una de esas niñas ó cotorras, que huyendo de los peligros se refugian en la devoción, me com-

padecen, y no las creo: se busca el antídoto cuando se siente el veneno, y el amor es el antídoto, no la devoción. Huirlo es una hipocresía y una necesidad; equivale á querer quitarle á la zorra su genio rapaz, ó al tigre su instinto carnívoro.

Pues señor; Doña Luz había hecho propósito firme de casarse, y no le faltaba sino un novio.

Yo, á quien el cielo castiga con la persecución de las viejas, tuve la desdicha de tomar mi luneta cerca del palco de Doña Luz. Como todos la veía para reirme, y aunque su extravagancia me causaba ménos impresión que á otros por falta de antecedentes de su vida, no dejaba de parecerme una divertida caricatura.

Una noche que estaba mas ridícula que de costumbre, le enfilé las brújulas para gozarme en su fealdad. La incomparable vieja se sonreía, y miraba en la dirección de mi puesto.—Ya esta comenzó—dije para mi sayo; y queriendo sorprender al afortunado, volteé la cara á mi derredor; pero todas las fisonomías estaban tranquilas.—Me engañé.—Y continué pasando mi revista de costumbre.

Repitióse las noches siguientes aquella escena, y yo torné á buscar en las caras de mis vecinos el reflejo de aquella sonrisa; pero nada... Será á mí?... Quitá allá: ni yo ni ella hemos perdido el juicio.

Y con todo eso, la maldita curiosidad me obligó á volver frecuentemente la cara á su palco, no sin temor de que un maldiciente fuera á sorprenderla, y me creyese cómplice.

Una noche estaba yo formando á la puerta del teatro la valla de mirones que esperan á la hermosa mitad de la concurrencia. Doña Luz, aunque indigno miembro del secso bello, salió tambien, y al pasar junto á mí dejó caer el pañuelo precisamente á mis piés. Era cortesía levantarlo y lo hice. . . . Pequé de corazon, y me arrepiento. . . . La endiablada muger me apretó la mano al tomarlo, y yo, que pensé que aquella conmocion iban á sentirla todos los que estaban junto á mí, como el toque de una máquina eléctrica, por poco hago la torpeza de reprimir su demencia, para protestar contra ella.

Doña Luz en el baile? . . . Sea por Dios.

¿Y bailé con ella? . . . Claro está. Cuando una muger es tan fea que nadie le hace caso; los señores de la casa le suplican á uno de los concurrentes de confianza que la invite á bailar á lo ménos una vez, para que no reciba el desaire.

En fin, Doña Luz era soltera, y ¿quién habia de acompañarla á su casa? Yo que era amigo de los dueños de la tertulia.

Por mas que digan que la luna es el consuelo de los amantes, esta noche no pasó de ser la indiscreta corruptora de mi inocencia.

—Está tan linda la noche que prefiero ir á pié —me dijo mi dueña (ña, no ño).

—Como vd. guste.

—A bien que mi casa no está lejos.

—Ya se ve.

El coche nos seguia, y doña Luz colgada de mi

brazo me hacia sentir todo el peso de sus años.

Cuando llegamos á la puerta de su casa se habia quitado el guante, y al despedirse me tendió la mano desnuda, una mano que aunque parecia de cadáver, despedia un calor halituoso, engastaba la mia de tal manera, que involuntariamente volté la cara á ver si nos observaban los criados.

—Esta casa es de vd. desde hoy, y espero que la honrará.

—Mil gracias.

—No es cumplimiento, ni encontrará vd. ningun estorbo; soy libre por fortuna, y. . . .

—Mil gracias; mil gracias.

—Prometame vd. venir.

—Lo prometo.

—Veremos si es vd. ingrato.

—No, no. Hasta la vista.

—Adios: hasta. . . .

Pero durante todo este diálogo me habia tenido afianzada la mano.

Pues, señor; ahora lo entiendo ménos. . . . Será? . . . Imposible! . . . Oh! si fuera: al cabo seria un amor grátis. . . . Pero si es tan fea; y tan vieja; y tan rica! . . .

Rica, vieja y fea, fuí á visitarla despues de algunos dias; la política me impuso el deber. Estuvo amabilísima, estuvo coqueta, estuvo pasable. . . . Me dió lástima, y viendo sus rubores, y sus distracciones, y sus dificultades, porque al fin le costaba trabajo deponer la circunspeccion mugeril,

me resolví á ayudarle un poquito, á ahorrarle mil trances amargos.

Ah!.....si me hubieran sorprendido mis amigos en una de estas escenas cómicas, cómo se hubieran reído de mí.....Me rio yo mismo!.....

Y ya no habia remedio: una vez admitido mi papel, quedé en la obligacion y con el deseo de abreviar el camino.....Si supieran las muchachas que yo he besado á una momia, no volverian ni á mirarme, tendrian asco de mi boca, como lo tengo yo mismo.

Pero esto no bastaba: para simples papachos y arrumacos eran demasiados treinta dias, y yo pensé seriamente en poner término á la dificultad. Diserté y medité mas que un teólogo para concertar un sistema de operaciones que no fuese demasiado irrespetuoso para su edad, ni demasiado tardío para los deseos que ámbos sentiamos.—¿Tú deseos? preguntará alguno—¿Pues no era tan vieja?—La ocasion hace al ladron; y tanto te dirán que tal corazon te pondrán.

Aquí se ve obligado el lector á suplir todo lo que falta desde este momento hasta el dia en que los burgaleses, espiones y maldicientes por carácter, comenzaron á hablar de mi casamiento con D^o Luz.

Tanto no era de sufrirse, y celoso de mi buen gusto, mas que de mi buen nombre, le hice entender de una manera muy positiva á mi envejecida novia, que habian cesado nuestros amores.

Ella, que ya me hablaba de matrimonio, y á quien tuve la imprudencia de ofender un dia públicamente, sufrió disimulando y preparó su venganza, la mas cruel que pudo tomar.

Cuál fué?.....No le importa á nadie; pero fué tal, que si la impresion violenta me dura una hora, seguramente me muero.

Ya se entenderá que no fué mi corazon el que padeció, sino mi amor propio. Un chasco, un desprecio humillante por una vieja que me repugnaba!.....Despreciarme una vieja despreciable!..... una muger sin pudor!.....

Desde ese dia comencé á sentir varios accesos de calofrio: y un malestar, una lacsitud en todos los miembros, que me agobiaba. Tenia la boca amarga, me devoraba la sed, y ni el agua podia yo pasar.

Busqué distracciones, pensaba en Serafina, pero el vestiglo de D^o Luz me aparecia hasta en sueños riendose unas veces de mi necedad; gozandose otras en su negra venganza. Me dejé vencer por la tristeza y la aprension, y al cabo me enfermé.

Encerrado en mi cuarto sin ver la luz, sin moverme, sin tomar otro alimento que tragos de agua, á los tres dias fueron notadas mis ojeras, la amarillez de mi semblante, la descomposicion profunda de toda mi fisonomía. Despues de una semana me abandonaron las fuerzas y ya no pude levantarme de la cama.....Una fiebre lenta me devoraba, y el corazon se habia afectado físicamente; tenia lo que llaman los médicos una cardialgia; es decir, palpi-

taciones violentas hasta la sofocacion, y cada dos ó tres horas una punzada lanzinante que me desmayaba.

Los médicos se apoderaron entónces de mí: pero por desgracia me tocaron médicos de los que curan bestias, no hombres, y sin informarse de los antecedentes, sin atender al carácter de la fiebre, sin tener en cuenta la reciente fecha de mi enfermedad, inmediatamente vieron una desorganizacion profunda en mi corazon; aneurisma hipertrofia, carditis-ulcerosa,... ellos hablaron en griego media hora, me auscultaron, me estropearon haciendome tomar todas las posturas de un manequin, y al cabo, sin responder del écsito, me impusieron un régimen.

Por poco que yo supiera de medicina, comprendia que ellos ignoraban el origen de mi enfermedad, y que el régimen impuesto debia matarme. Al principio rehusé toda medicina, pero al fin tuve que dejarme asesinar, porque mi madre lloraba sobre mi pecho, y era fuerza morir complaciendola.

Mis amigos y los de mi familia comenzaron á acudir, y yo comencé á poseerme de la irascibilidad mas grosera: mandé cerrar mi recámara, y si llegaba alguno á invadirla, sus preguntas amables y cariñosas no tenian otra respuesta que el silencio, ó si me hostigaban, estallaba en ira, venia la punzada y el desmayo. De modo que por temor de matarme, llegaron á dejarme en la

mas completa soledad, donde pei manecía yo, recostado sobre la cabecera, con la cabeza colgada sobre el pecho, inmóvil, mudo por muchas horas en las tinieblas de mi recámara.

Dos veces he vertido sangre; la primera á manos de un colegial que me rompió las narices de un puñete; origen de mi aversion á los pleitos, y mi opinion por los duelos: la segunda vez que vi correr mi sangre, fué esta, á manos de un humilde barbero.

La sangría debió producir su efecto; todos los síntomas se ecsasperaron, y mi enfermedad tomó un aspecto alarmante. Ademas, un pensamiento horrible me habia asaltado desde el principio, acaso el que mas me atormentaba.—¿Lo sabrá Serafina?

En el fanatismo del amor, se considera à la muger como á Dios: ofensible hasta por los pensamientos. Ni valor tuve de verla miéntras pude salir, temiendo que en los ojos leyera mi vergüenza; y al fin llegué á creer que aquel chasco infernal era justo castigo de mi torpeza.....Profanar con una vieja asquerosa mi alma y mi corazon, sagrados ya por la consagracion á Serafina!...Esto era, fué un verdadero crimen; una vileza digna de tal castigo.

Por fin los médicos pronunciaron mi sentencia: me mandaron tomar los últimos sacramentos. Qué noches, Dios mio! qué noches!

Yo insistia en que me dejasen solo, y por no provocar con la contrariedad un acceso peligroso se retiraban todos á velar en la pieza mas inmediata,

donde no se atrevían ni á respirar, para escuchar y acudir al menor ruido.

Yo no podía acostarme porque los latidos del corazón me lo impedían: recargado contra la cabecera contaba yo las horas, las oscilaciones del péndulo del reloj que estaba cerca de mí. El silencio era sepulcral, la luz que ardía sobre la mesa se amortiguaba, las sombras se oscurecían; todo mi cuarto tomaba un aspecto siniestro, pavoroso: por no verlo cerraba los ojos, y fatigado comenzaba á delirar...: delirio insomne de que tenía conciencia y que no podía disipar.. De repente una arena que caía, el zumbido de un insecto me despertaba sobresaltado, abría los ojos con desconfianza, paseaba una mirada por las paredes donde veía pintadas mil fantasmas horribles, y sobre sus cabezas, los ojos huecos de la muerte..... Venía la punzada, estendía yo el brazo á tomar el vaso de agua que tenía sobre el velador, y quitandome las fuerzas el desmayo, lo dejaba caer..... Al ruido entraban todos.

Cuando volvía yo á abrir los ojos, todavía aturdiado, me encontraba rodeados de mi cama y teníandome las manos, á mi madre, á mis hermanos, á los criados, llorando, y diciendome las últimas oraciones..... Su presencia me reponía, hacia un esfuerzo para sonreirme, y refrescando mis labios con un trago de agua, volvía á despedirlos quedandome solo, silencioso, inmóvil, abatido..... con mis delirios y mis fantasmas; con Serafina en el corazón, y la muerte delante de los ojos.....

Mi hora no había sonado. Un médico llegó de

Madrid, y en el mismo día ya estaba á mi cabecera.

Pocas preguntas me hizo: tomó informaciones de los que me rodeaban, y volvió á entrar en mi recámara, mandando quitar las cortinas y abrir las vidrieras.

—Se muere mi hijo!—decía la pobre de mi madre.

—No importa,—respondió el médico con un estoicismo hipocrático.

Oh! la luz es la bendición de Dios. Cuando me pasó el deslumbramiento que produjo su primera impresión me sentí regocijado, el aire fresco ensanchó mi pecho, refrescó mi frente, suspiré con libertad.....

—Se va V. á levantar inmediatamente—me dijo el médico con acento imperioso.

—Imposible—respondí; pero ya con la alegría en el alma.

El insistió, y entre todos me vistieron como á un niño, como á un muñeco.

—Ahora hasta la calle—me dijo ya risueño, presentandome su brazo, mientras mi madre me sostenía del otro llorando.

Yo hice un impulso de voluntad pero las fuerzas del cuerpo me habían abandonado con las del alma: apenas pude llegar á un sillón que estaba á pocos pasos, y caí en él bañado de sudor.

—Bien, mañana saldremos—dijo el médico con un tono de confianza.

Al siguiente día anduve por el corredor, al tercero llegué á la calle: después de una semana re-

nació la alegría en mi corazón y en toda mi casa.... Volví á ver á Serafina y me curé.

Ese médico que me resucitó comprendía que la medicina no es la veterinaria, y que las enfermedades del alma que se manifiestan en el cuerpo, no se curan con drogas y teorías, sino con consuelos y voluntad. Bendito médico! ¡A cuántos habria salvado del mismo modo en Madrid, donde como en todas las cortes, la mitad de las gentes mueren víctimas de las pasiones y de los escesos que tan bien se traducen por los nervios!.

En todo Búrgos no se hablaba de otra cosa que de mi amor, mi pasión, mi enfermedad que atribuían á Serafina. Ella misma, viendome pasar pálido, estenuado y vacilante todavía, lo creyó; y aquel martirio es probablemente una de sus ilusiones.... tan falsas como todas!.... Por eso si un día la viera en mis brazos, con las mejillas encendidas, los ojos húmedos y el corazón palpitante, aún dudaría yo si me amaba, ó si venia á satisfacer conmigo deseos concebidos con otro.

Negro escepticismo que adquiere todo el que no es un idiota.

X.

CONSECUENCIAS.

1834.—Enero.

La prueba que sufrí purificó mi amor: unos cuantos días me bastaron para apagar el rencor que sentía contra D^{ra} Luz, y me complazco en haberla olvidado, porque no tendré ocasión de volver á nombrarla.

El que huye espantado de un extremo va á dar hasta el otro: yo que estuve próximo á caer en el materialismo mas grosero, concebí por todos los placeres brutales una repugnancia bien justificada por este suceso, y concebí desde entonces todo el idealismo del amor espiritual, no sujeto al fastidio, la saciedad, ni el desengaño.

Jamás he sido hombre bullidor ni alegre, pero desde entonces mi carácter tomó un tinte sombrío y melancólico, consecuencia precisa de la tormenta pasada, y aun de la languidez material en que me dejó la enfermedad.

Serafina volvió á ser mi ídolo: pude volver y á amarla, purificado mi corazón en la de gracia;

comparandola en belleza y espiritualidad con la bruja que acababa de burlarme, la ví como un ángel al lado del demonio.

Si ántes la seguía yo á todas partes, ahora pensaba en ella á todas horas y le consagraba el culto mas puro. Mi enfermedad, que le atribuyeron, impuso algun silencio á la murmuracion que fingia respetar mis dolores, y aunque á mis espaldas continuaban las hablillas, pocas veces me dijeron lo mismo que ántes me disgustaba. Tuve, pues, libertad para encerrar otra vez mi secreto, para saborearlo, y en el silencio de la imaginacion comencé á formarme un mundo de amor que no estuviera sujeto á los azares del carácter humano.

El amor en que se revela un interes; un principio de egoismo, no puede ser puro y eterno: el que ama por su placer no puede ecsigir sino la misma especie de amor, y un afecto fundado en el placer debe terminar desde el momento en que se satisface.

He creído amar á otras mugeres, y ha sido llama de un dia; fuego efímero que no me ha dejado ni siquiera recuerdos. Yo quiero no amor, sino adoracion al objeto, adoracion desinteresada y eterna.

Al paso que se modificaba así mi corazón, donde echaba hondas raices esta pasion, Serafina, segura ya de mi amor, se complacia en ponerlo á prueba. Además, el público la fastidiaba por mi causa, y su madre particularmente la daba cada

dia mas severos é inmorales consejos acerca del marido que le convenia tomar. Por consiguiente, yo no recibia de su parte sino miradas altivas, desprecios, todas las demostraciones de la antipatía.

Al principio tal vez hubieran sido eficaces estas repulsas; pero una vez arraigado mi amor, y apoyado en la creencia de que ella luchaba entre sus afectos y su educacion, esperaba siempre ese dia en que la fortuna me hiciese aceptable á su familia, ó ella vencida por mi resignacion, me diese el premio de todos mis sacrificios. Y ese premio no queria yo comprarlo sino á fuerza de sufrimientos nobles, de silencio y de fidelidad.

Darle á otra muger la mano, ó mirarla con detencion si era bella, lo consideraba yo como un sacrilegio. Sin embargo habia mugeres mas lindas que Serafina; llenas de virtudes apreciables, cubiertas de un mérito real y legítimo, y adornadas de todas las circunstancias que hacen envidiable á una muger: para mí, sin embargo, no ecsistia mas que Serafina; y todas mis ilusiones, todos mis deseos venian á nacer ó á morir en ella.

Su desden creciente y mis pesares habian obrado en mi alma tal conquista, que ya sentia los efectos materiales en mi carácter y en mi salud. Solo su presencia me alegraba, y solo su memoria me hacia dulce la vida.

Pero en medio del todo esto mi timidez era mayor: aunque no hubiese temido un desaire, aun cuando la hubiera creído amante, acababa de tener la mas

amarga decepcion del carácter femeníl, y temblaba á la sola idea de un nuevo desengaño.

Así es que me conformé con amarla, con sufrir.

Una noche la encontré en una tertulia. Ella al mirarme no se ruborizó, se incomodó; y todo el mundo fijó en nosotros la vista, se hizo señas, se habló en voz baja..... hizo todas las groserías que caracterizan á los buenos provinciales que no tienen en que pensar sino en los chismes de sus vecinos.

Llegó la hora de bailar, y temblando de miedo me acerqué á Serafina para invitarla. Su primera contestacion fué un *no* tan seco, que me desconcertó. La sala quedó casi en silencio, y todos fijaron la vista en nosotros.

Yo insistí, ella se enfadó, y cuanto mas tenia de tierna y sentida mi súplica, tanto mas se manifestaba ella altiva y dura. El amor me retenia frente de ella con los brazos caidos, y lleno de vergüenza: un círculo de curiosos groseros se habia formado á nuestro rededor, y yo pronunciaba las últimas palabras, balbuciente y con las lágrimas en los ojos.

Tal era mi posicion y su rigor, que la mamá lo observó y le mandó que bailase conmigo. La mamá!..... Aún resistió Serafina; y haciendo un gesto de despecho obedeció á un—Levantate—que pronunció la otra con toda la firmeza del mandato.

Con una mirada me impuso Serafina el mas completo silencio: no bailamos tres minutos; y ella tan fina, tan delicada, tan medida con todo el mundo, me dijo de repente—Voy á sentarme—y sin dar-

me tiempo de que la ofreciese el brazo para conducirla, me dejó parado..... Mi corazon se lastimó por ella; mi amor propio por los demas.

Oh! Serafina tenia, tiene tanto orgullo como yo amor, y hacia aquello solo conmigo, inmolandome á su opinion, pisoteandome ante el mundo para hacerle entender que no me amaba, que me despreciaba.....Sabia tambien que uno de esos agravios me hacia llorar un dia; pero me causaba placer un año; porque tanto como satisfacía su amor propio abatiendome, gozaba yo y me complacia en hacerle el homenaje público de mi resignacion, y ella aceptaba, porque si no, no me hubiera martirizado sin motivo.

Yo resistiendo con la nobleza de mi objeto, ella agobiandome con toda la superioridad de su orgullo, me enseñé no solo á amarla, sino á venerarla como un ser, á quien apénas era digno de adorar, mucho ménos de poseer.

conservaba la resolución de cumplírselas; de ser un marido un día, de darle mi mano y mi nombre, conservando el corazón para mi nuevo dueño.

De este modo solo le escribía yo lo bastante para dejarla entender que aún tenía mi palabra, pero mis cartas eran lánguidas, estudiadas, solo contenían las frases formuladas del deber, con toda su frialdad y su monotonía.

Otra circunstancia determinó también mi enfriamiento. Yo pensé, al salir de Madrid, volver dentro de algunos meses; había pasado un año, y sobre serme imposible volver, todo me indicaba que mi permanencia en Búrgos podía prolongarse por muchos años, y acaso por toda la vida. Con esta dificultad invencible casi, para mí que no sé luchar con ningún obstáculo, fácilmente se venció el alma, doblemente impulsada á un nuevo amor por la lejanía y poco mérito de un objeto, y por la superioridad y la inmediata influencia del otro.

A pesar de todo, no pensaba todavía serle infiel, abandonarla; demasiado favor me había hecho con amarme, y demasiada era también su paciencia en esperarme *hasta* que la fortuna me hubiera hecho capaz de casarme con ella.

Mis cartas debieron indicarle sin duda el estado de mi corazón; y, lo que frecuentemente sucede, cuando un amante desmaya el otro se entusiasma; ella redobló sus cartas y las escribía con un lenguaje tan tierno, tan apasionado, tan humilde que me causaban remordimientos á causa de mi infide-

XI.

UNA VISITA.

Marzo.

Y entre tanto Narcisa? ¿Mis promesas y las suyas, nuestros juramentos, nuestras esperanzas de una próxima unión?

Triste al principio en Búrgos, me fui consolando poco á poco; y era natural. Nacido con la ocasión mi amor hacia ella, debía desaparecer con la falta de la ocasión, con la ausencia.

Los primeros meses mantuvimos una correspondencia animada y tierna: después conocí á Serafina, comencé á amarla; y este nuevo fuego se atizó á espensas de aquellos recuerdos. Sentí algo de disgusto cuando conocí que la iba olvidando, porque su memoria me traía muchas bellas imágenes; pero tan pronto como hallé goces más delicados de otro género más esquisito en el amor á Serafina la fui arrojando de mi corazón, hasta dejarlo todo entero ocupado por el nuevo ídolo.

Ya no me ligaba otro lazo con Narcisa que las promesas; y enteramente desamorado de ella, solo

lidad. Pero ya era tarde, y yo no salía en mis respuestas del estilo seco y amanerado de la violencia.

La pobre de Narcisa no pudo sufrir mas. Un día recibí una esquela: me dejé conducir por el criado, y me hallé en los brazos de mi amante que había venido hasta Búrgos solo por verme, por reanimar mi amor con su presencia, por disipar los zelos que la devoraban, creyendome enamorado de otra. Su corazón no la engañaba.

—¡Tú aquí, Narcisa!

—Sí, yo; que me espongo á no sé cuantos peligros solo por venir á verte.

—Vaya; te lo agradezco

—¡Gabriel!

—¿Qué tienes?

—Ya tú no me amas.

—Sí: como siempre.

—Me engañas. Te encuentro frío, taciturno, violento, miéntras yo me empeño en seducirte, en perseguirte....

—No; pero este viaje....

—¿Te pesa?

—Me pone en un compromiso. Ya que tú veniste yo debía volver contigo....y sabes que ño puedo dar un paso fuera de Búrgos.

—Me quedaré en él.

—¿Para qué?

—¡Para qué!.... ¿Sabes lo que estás diciendo?... ¡Para qué me quedaria yo!.... Para

amarte, para tenerte á mi lado, para ser tuya de una vez.

—Imposible. Aún no puedo casarme.

—¿Desconfias de mí?....

—No.... no....

—Lo dices con una espresion.... Mira; con este viaje en que espongo hasta mi reputacion, tienes mas pruebas que cuantas tu pudieras darme; pues bien, si no te basta, dime qué quieres que haga, qué ecsiges de mí....¿qué es lo que deseas para no dudar de mí? ¡Por tí soy capaz de todo!

—Lo creo, estoy satisfecho; pero vuelvete á Madrid; allá nos reuniremos.....

—¡Me despides!

—No; pero.....

—¿Sabes siquiera si me puedo volver?

—¡Oh!

—Me ves aquí sola, y ni por curiosidad me preguntas lo que á mí en tu caso me llenaria de inquietud.

—Escucha, Narcisa; si comenzamos á hacernos reconvençiones, tal vez nos pese luego. Tu debes creer en mi palabra, y aún la tienes: to la cumpliré.

—¿Y tu amor?

—Cuando vaya á alcanzarte á Madrid me preguntarás por él.

—¿Me amas todavía?

—Me casaré contigo.

La pobre de Narcisa vió que el ser mas ecsigente

la obligaba á despedirse de mí para de una vez, ó á humillarse hasta donde no debía.

Ignoro aún los medios de que se valió para hacer aquel viage en que solo la acompañaba un primo que siempre habia tenido su confianza. Ella faltó de Madrid doce dias á lo ménos, y este peligro, y su lenguaje, y su sentimiento al ver mi frialdad, me anunciaban un amor demasiado violento y sincero, para no lisonjearme.

Yo me saboreaba de ello, y puede ser que hubiera aspirado á esa última prueba que entreveía en sus palabras, si dentro de mi corazón no le hubiera hecho un voto á Serafina. Voto estéril, que no me ha valido la menor recompensa, á pesar de la escrupulosidad de mi fé.

¿Pero por qué me ama tanto?—decia yo—Supongo que no es la fortuna, ni el hombre lo que en mí busca; pero aun cuando solo sea el placer, otro hombre ménos frio, ménos necio que yo, podria proporcionarse mayor. ¿O cesarán por fin esos caprichos, esas pasiones irrazonadas, que se fijan en un objeto, hasta alcanzarlo, ó matar de deseos? En todo caso vale mas ser el objeto y no la víctima.

Por último, todo lo que Narcisa consiguió con esta visita de una semana, fué inspirarme mayor agradecimiento, y recibir tres ó cuatro cartas mas tiernas que de costumbre, que le escribí en los dias inmediatos, todavía bajo la influencia de sus sentidas palabras.

Despues ella volvió á sus reconvenciones y yo á mí Serafina.

XII.

COMIENZA EL PLATONISMO.

Abril.

Pero yo no podia vivir mas tiempo sin recobrar una esperanza siquiera. Buscaba en Serafina no ya una palabra ni una demostracion amorosa, me habria contentado con una mirada dulce. . . . y ella que conocia mi deseo, ó que temia alentarme para seguir-la comprometiendo, me desesperaba mas y mas con un desden sostenido y riguroso; tanto como era humilde mi resignacion.

Mas que á una conviccion propia, cedí á las repetidas instancias de mis amigos, que me aconsejaron ponerme en contacto con ella, visitarla, habituarla á mi presencia y mi conversacion, y hacerle saber á lo ménos los sacrificios que por ella hacia, y que siendo ignorados, no tenia derecho á exigir su recompensa. Hasta cierto punto tenian razon; y yo reflexionè que con mi papel de D. Quijote, llorando desdenes que no recibia, y sus-